

# EL OBRERO DE LA TIERRA

Redacción y Administración: Fernández de la Hoz, 51. Teléfono 41665

ORGANO SEMANAL DE LA FEDERACION ESPAÑOLA DE TRABAJADORES DE LA TIERRA

## INTERESANTE DISCURSO DEL COMPAÑERO LUCIO MARTINEZ GIL

Creemos en extremo interesante reproducir en las columnas de nuestro querido semanario el magnífico discurso pronunciado por el compañero Lucio Martínez en la sesión de Cortes del día 30 del actual.

Con la intervención de nuestro camarada Lucio Martínez se ha puesto de manifiesto el sentir de los trabajadores de la tierra españoles. Sus problemas han sido llevados al hemisferio en toda su integridad. Con claridad meridiana se expuso por nuestro secretario general el deseo de los trabajadores del agro.

Esperamos que nuestros compañeros lean detenidamente lo dicho por quien sabe interpretar fielmente el pensamiento de los agricultores españoles.

Señores diputados: Durante el desarrollo de esta interpelación me han aludido algunos de los señores oradores que han tomado parte en el debate. Por esta razón, y además para que no se tomara mi silencio como desatención, me considero obligado a hacer algunas manifestaciones en la Cámara y, al mismo tiempo, a poner algunas de las cosas que aquí se han dicho en su verdadero lugar, porque, sin duda alguna, los informes que han recibido son equivocados y les han llevado a afirmar cosas que no son exactas.

En primer término, quiero recoger la manifestación hecha por el señor Álvarez Mendizábal, ratificada después por el Sr. Del Río, relativa a que el 90 por 100 de los que han roturado tierras que no eran suyas no están comprendidos en la ley de Reforma agraria, lo cual quiere decir que se trata de personas que no son obreros. Y bueno será que se haga constar esto para que el país lo conozca y juzgue a cada cual con arreglo a sus méritos, porque hay una parte de opinión, y sobre todo de prensa, interesada en decir que quienes realizan todos esos hechos son obreros, y aún agregan más: obreros socialistas. Ya que esto no es exacto, y así lo reconocen personas de esta Cámara como yo que acabo de citar, bueno será recordarlo para que conste y sepa cada uno cuál es la labor que se viene realizando.

El Sr. Álvarez Mendizábal nos habla también, siguiendo en este mismo orden, de talas de arbolado, y de palabras parecía desprenderse, a mi entender, que se refería a trabajadores, a obreros asociados. Y eso, no; yo no voy a negar que ha podido haber algún caso en el que se hayan aproximado algunos obreros a otros que lo hayan hecho; pero quienes han tenido la exclusiva y la iniciativa y han realizado la mayor parte de actos de esta naturaleza han sido los propietarios de las fincas, y no los obreros. Los que tenían tierras afectadas por la ley citada y en ellas magníficos encinares han sido talados para sacar de esta devastación de árboles el mayor valor posible al objeto de que cuando la Reforma agraria fuera aplicada se encontrara con una tierra calva, pelada, es decir, que tuviera la menor cantidad de valor.

Conste, pues, que quienes han realizado esos hechos han sido los propietarios interesados, y que nosotros hemos denunciado infinidad de veces, por falta de palabra y por toda clase de manifestaciones, al señor ministro de Agricultura casos de esta naturaleza. Contestando a interrupciones de compañeros de esta minoría, el señor Álvarez Mendizábal concretó dos hechos de esta naturaleza ocurridos en los pueblos: La Solana, de la provincia de Ciudad Real, y Arjona, de la provincia de Jaén. Señores diputados: Este pueblo de La Solana es célebre porque ya el gran Costa trató hace muchos años de un legado—el cual, desafortunadamente, está ya en posesión del pueblo—del fideicomiso Del Busillo; y en este pueblo de La Solana

no ha ocurrido nada de lo que al señor Álvarez Mendizábal le dijeran.

Yo tengo aquí un escrito de la Sociedad, con la responsabilidad de las personas que lo firman y me lo envían, en el que se dice que no hay vivero alguno, como se afirmó aquí, y que lo ocurrido es lo que ya se insinuó por el Sr. Del Río. Esto es: que un propietario planta una viña, de vid americana, y que una mañana ha desaparecido. El pueblo a quien culpa es a otro propietario, de quien dice que la cogió y se la llevó a su viña; pero no puede culparse en este aspecto a los obreros por la sencilla razón de que no tienen tierras. El escrito dice lo siguiente:

"Aquí, en este término municipal, no existe ningún vivero; de lo que tenemos noticias es de que de una viña recientemente plantada, con injertos de vid americana, han sacado unas plantas, y, según nos dice el mismo cacicán del dueño de esas plantas, no las han sacado para destruirlas, sino para trasplantarlas a otras fincas, que no pueden ser de los obreros, porque los obreros no tienen fincas."

Tienen razón; de modo que esta inculpación que se hacía a los obreros de La Solana no es exacta. Allí entre los propietarios de uno y otro bando que se las entiendan y resuelvan la cuestión; nosotros, no.

Porque es que, además, conviene recordar que de este pueblo se ha dicho ya en distintas ocasiones, y sobre todo en la prensa de Madrid, que se vive en plena anarquía, que se han hecho tropelías, cosas enormes, y esto tampoco es exacto. Por ejemplo: cuando la recolección de la aceituna. A este efecto, en este mismo escrito dicen: "Fué en los últimos días del mes de diciembre próximo pasado cuando dieron principio en esta población a la recolección de aceituna. Varios señores de la localidad dieron empleo en estas faenas a los obreros, que sacaron de la Bolsa municipal de Trabajo; pero hubieron de despedirlos dos días después, porque otros patronos, con fines políticos, se reunieron y acordaron coaccionar a los que ya habían empezado la recolección. De esto obran en el Gobierno civil pruebas, y asimismo en el Juzgado, por los informes emitidos por delegados gubernativos." Es decir, que, como se ve, comienza la recolección de la aceituna normalmente. Los propietarios acuden a la Bolsa de Trabajo, se llevan sus obreros y empiezan a trabajar; pero inmediatamente se reúnen otros y coaccionan a los que ya han comenzado la labor para que la abandonen. Así lo hacen, y entonces es cuando se promueve la lucha en esa población.

Agregan: "Además, aquí hay muy poca cosecha de aceituna, y tan deficiente no sólo, que hubo muchos patronos que la dieron a recoger a sus cachicanes, en su propio provecho, porque les costaban más los jornales que el valor del poco fruto. Por un señor llamado Andrés Maroto, líder de los agrarios de esta provincia, quiso sacar partido en estos momentos que comentamos, y como para sacar partido no podía ser sin quebrantar nuestra Federación local, empezó a afirmar que dejaba sin recolectar la aceituna antes que pagar los jornales establecidos por el Jurado mixto competente."

Este señor, efectivamente, publicó en un periódico de Madrid una carta, mandó unas noticias diciendo que no se podía vivir, que dejaba la aceituna sin coger porque era insostenible la situación; y lo que resultó cierto es que el coger, el recolectar la aceituna le costaba más que dejarla en el árbol, según las manifestaciones que en esta carta se hacen. Vino aquí, publicó un artículo y trató de hacer coacción, sin lograrlo. Se dice en la prensa de Madrid que hubo destrozos de olivos; pero la Sección Agronómica

provincial hizo un reconocimiento e informó ser falsa en absoluto tal afirmación. Sólo hubo un caso en que desgajaron unas ramas de un olivo, y el individuo que esto hizo fué un patrono llamado Pedro Torrijos, que lo haría con intención de justificar algún daño ante el gobernador; pero este patrono fué cogido en el hecho por los guardas y fué denunciado, cuya denuncia no llegó al Juzgado, en contra de la voluntad de los propios guardas, porque eso no le convenía que fuese a la Comunidad de labradores.

Conste, pues, que las manifestaciones que al Sr. Álvarez Mendizábal le

hicieron, que no se trata de un acto vandálico, sino de una cosa pensada, meditada; estorbaban unos árboles, se cortan y se siembran cien eucaliptos por estimar que es mucho mejor.

Lo que ocurre en Arjona, como en la mayor parte de los pueblos, es que toda la vida los propietarios han estado acostumbrados a mandar y a dominar. Se trata, señores, de un pueblo en que está vinculada la propiedad entre cuatro o cinco familias, y con esta vinculación de la propiedad ha estado vinculado el poder: el poder real y el poder legal; pero en las elecciones del año 31 los obreros

ocurría igual. Según los datos que aquí tengo, por recolectar 82 kilos de aceituna cobraban una peseta cincuenta céntimos, y ahora, por recoger 140 kilos, perciben once pesetas. Desde este punto de vista es igual. Y no se trata aquí de la cantidad de pesetas, no es eso; eso tiene un valor enorme; pero el valor para mí aquí es este otro: que cuando los trabajadores tienen un jornal relativamente decente y pueden disfrutar de alguna independencia, se ha acabado desde ese momento el caciquismo, el mangoneo de las familias oligárquicas que han venido dominando en el pueblo, y como esto lo han perdido, repito que la lucha es cada vez más enconada y más difícil. Cuando el alcalde llama a alguno de estos ricos, unas veces le obedecen, otras no le obedecen, otras procuran retocer por todos los medios las órdenes que les da, tratan de desconocerlas, intentan coaccionar, utilizan cuantos medios están a su alcance, y por estos procedimientos, si el alcalde quiere cumplir su deber tiene que imponerse y usar de su autoridad como tal alcalde y llamarlos al orden y hacer que las leyes se cumplan.

Así es como se va desenvolviendo este pueblo de Arjona, que no es único, porque hay cientos de pueblos en España donde no hay alcalde, ni gobernador, ni Gobierno, porque el poder lo tienen las clases capitalistas, que convierten el trabajo en un instrumento de opresión; el poder está en ellos, que disponen de medios para realizar todas las faenas que el campo requiere y no las realizan; y cuando hay Comisiones inspectoras que vigilan y tratan de hacer que el trabajo se realice en la cantidad de laboreo que sea precisa, si pueden, rehuyen, y si no, obedecen a duras penas, y entonces es cuando se ha venido diciendo que se aplica de una manera embozada el alojamiento.

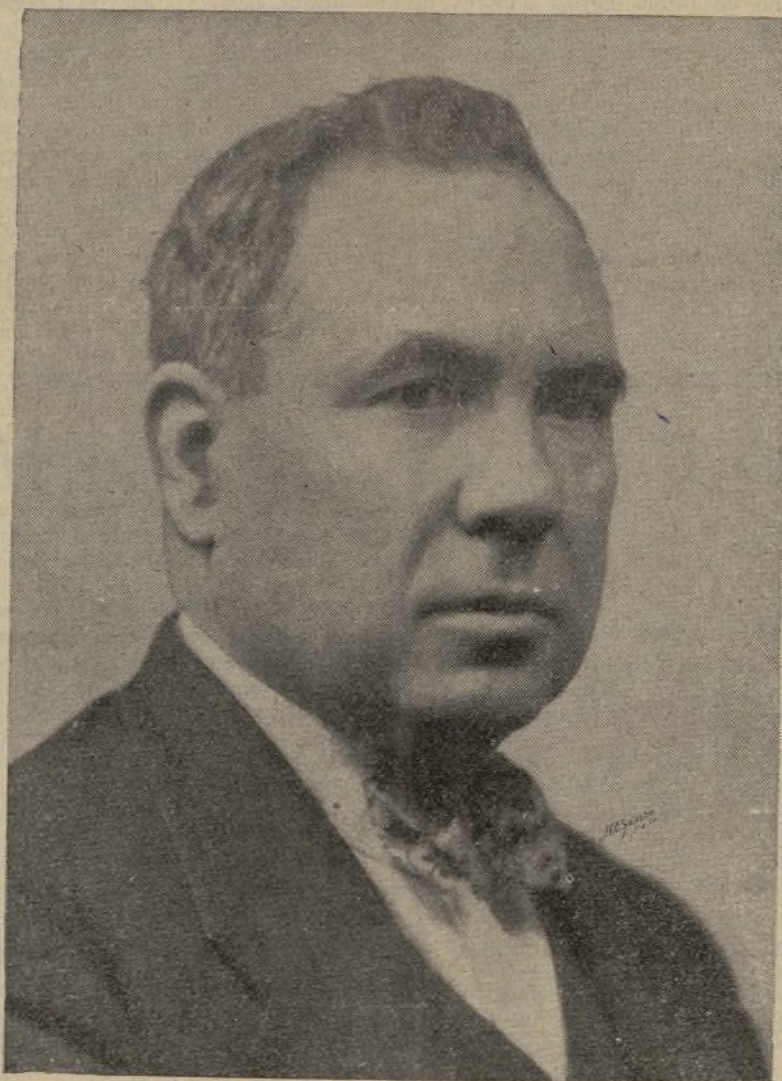
Y no es eso, ni mucho menos; lo que ocurre es que cuando se trata de hacer unas labores en el campo que tienen su plazo, y si en él no se terminan ya no hay posibilidad de realizarlas; cuando se trata de una obra así, es cuando se determina el número de obreros que son precisos según la extensión de la tierra: sin son quince, quince; si son veinte, veinte; porque si no, ha habido propietario que, una vez obligado a tener que hacerlo, ha hecho cuanto ha podido para no realizarlo, y en vez de los quince o veinte obreros precisos ha llevado dos y ha dejado pasar el tiempo sin hacer esa faena, y creyendo que se ha librado de ella, lo que ha hecho ha sido ocasionar un perjuicio a los obreros y ocasionar un perjuicio a la producción nacional, porque por este procedimiento no se va a conseguir nada práctico.

Conste, pues, que la anarquía en el campo no la crean los trabajadores; quienes la crean son los propietarios con su proceder, con su manera de actuar. Porque en estos mismos instantes no se puede negar a nadie el derecho que tiene de crear Sociedades; pero ¿qué fines se buscan al crear Sociedades en las cuales están unidos propietarios, obreros, arrendatarios y todo el mundo? Ya sé que la ley lo prohíbe; pero se busca un pretexto, y se dice: Se trata de una Sociedad de socorros mutuos. En el fondo no es eso; lo que se pretende es esto otro: tener a los obreros próximos a ellos, sobre todo en esta época pasada, en que se les decía: "Si tú quieres tener trabajo lo tendrás; pero has de venir a mí Sociedad, has de votarme y has de tener una sumisión completa a lo que yo te diga y a lo que yo te mande." Y en cuanto un obrero recaba su derecho y no quiere someterse a esas condiciones, se le persigue, no se le da trabajo, se le amenaza y se le dice constantemente: "¿No votaste a la República?

Pues que la República te alimente. ¿No has votado a los socialistas? Pues que los socialistas te den trabajo." De modo que constantemente se los escarnea, se los injuria por ese procedimiento, se los coacciona y se pretende someterlos a su voluntad. Y éstos son los que crean la anarquía.

Yo quiero llamar la atención de los señores diputados para que se fijen en lo que supone que uno o varios hombres, en un pueblo, en donde todos se conocen, vayan a la Bolsa de Trabajo y no encuentren ocupación. El hombre que está en ese caso sabe que es fuerte, que es cumplidor de su deber, que es hombre capaz de realizar las faenas que otro pueda hacer, y pasan días y más días sin que se le dé ocupación, mientras que los demás la tienen. A eso hay que agregar que a ese hombre se le denigra, se le echa todo en cara, y esto es provocar la desesperación, porque llega un instante en que ya no puede contenerse la protesta, y estas protestas son las que provoca la clase capitalista al objeto de que venga seguidamente la intervención de la fuerza pública y ver si con ello logra amedrentar a los trabajadores, clausurar las Casas del Pueblo, acabar con las organizaciones obreras y ver si terminan con esto que llaman ellos la fiebre revolucionaria. Al proceder en esa forma cometen un gran error, una profunda equivocación, porque por ese procedimiento podrán producir la desesperación, pero nunca acabar con las ideas, y mientras tanto el problema del campo se agrava.

Es cierto, yo no voy a negarlo, que hay una gran crisis en la agricultura; pero eso no es propio y menos exclusivo de España. Es un fenómeno que se da en todo el mundo. ¿Quién no conoce que los productos agrícolas están sumamente depreciados? Sabido es que en la Argentina han tenido que quemar muchas toneladas de trigo para evitar una mayor baja en los precios. Recientemente nos indicaba el Sr. Niembro—y era un hecho conocido también—que en el Brasil se habían arrojado al mar muchas toneladas de café con ese mismo objeto. Sabido es también que en algunos países de América se está matando al ganado con el solo fin de aprovechar las pieles y que se quema la carne. Estos son hechos que todo el mundo conoce. ¿Por qué ocurren? Porque hay un problema que es muy difícil que lo pueda resolver la clase capitalista, sobre todo siguiendo por estos derroteros. El problema es que hay más de cien millones de personas que en estos instantes apenas comen; que viven, si a esto se le puede llamar vivir, de la asistencia pública. Son cerca de cuarenta millones los obreros parados que hay, de modo que, calculando que cada uno de ellos tenga una familia de tres personas, o alguna más, pasan de cien millones las personas que no consumen, que viven una vida pobre, miserable, una vida de penuria, como la que están pasando en este largo período. Esto es lo que produce pena: que no se busca el remedio a esta situación; porque cuando yo cojo las conclusiones de la asamblea que se celebró en Madrid por las representaciones patronales, las más significadas y las que disponen de más elementos, en estas conclusiones—que las tengo aquí—no encuentro más que, por unos u otros procedimientos, ataques al Gobierno; pero conclusiones en donde se estudie a fondo el problema agrario no he visto ninguna. De las catorce que han votado y han sido divulgadas, en ninguna se estudia el problema agrario, la economía agraria, y esto produce pena, esto produce sentimiento, porque son ellos los más llamados a estudiar estos problemas y a enfocarlos, y no los obreros, que no disponemos de esos ele-



han hecho en relación con el pueblo de La Solana no son exactas; que el pueblo de La Solana, que es grande, que tiene muchos obreros, ha logrado ver remediada su situación porque ya tiene un contrato de arrendamiento colectivo, en el fideicomiso de que he hablado antes, de 300 fanegas de tierra, y por esto, sin duda alguna, es por lo que hay allí una clase capitalista que está luchando de una manera fuerte y denodada en contra de las representaciones obreras, lo cual a mí no me extraña, pues creo que esa es su misión; pero entiendo que no se deben torcer las cosas, que no se debe inventar lo que no existe, para de esta manera combatir a un enemigo. La contienda ha de ser leal, y me parece que apelar a estos procedimientos no es digno de hombres que se llaman civilizados.

Lo sucedido en el otro pueblo, en Arjona, tiene otro aspecto. Se dijo por el Sr. Álvarez Mendizábal, como queriendo significar que se trataba de actos vandálicos, que hasta los cipreses del cementerio se habían cortado, y es exacto. (El camarada ALVAREZ ANGULO: Das.) No, tres. He estado yo en Arjona después de hacerse esas manifestaciones en la Cámara, y, efectivamente, se han cortado tres cipreses del cementerio que están haciendo una bóveda y estorbaban; pero lo que no manifestaron al Sr. Álvarez Mendizábal, porque él, con su buena fe, nos lo hubiera dicho, es que estos mismos individuos que cortaron los tres cipreses han sembrado cien eucaliptos; es de-

obtuvieron mayoría, y, como es consiguiente, nombraron el alcalde, y a partir de ese instante la lucha en ese pueblo es muy enconada, porque combaten los dos poderes: el poder real, vinculado en los capitalistas porque tienen en sus manos el dar trabajo o negarlo, y el poder legal, que tienen los obreros.

Entre esta pugna y esta lucha se está desenvolviendo toda la contienda, y los propietarios de Arjona utilizan todos los medios a su alcance y todos los recursos de que pueden disponer para perseguir, para combatir y para acorralar—perdónese el término—a los trabajadores. Para dar una idea de cómo estos hombres se conducen, bastará decir esto: El año 30 ganaban los obreros, cuando cavaban olivos, sin limitación de jornada, es decir, con la jornada de salir del pueblo antes de amanecer y regresar, en el mes de abril, ya siendo bien de noche, ganaban tres pesetas y dos setenta y cinco, y con el contrato que ahora tienen hecho por el Jurado mixto, estos mismos obreros, por siete horas de trabajo efectivo, ganan cinco cincuenta. Ya comprenderán los señores diputados que quienes están acostumbrados a pagar jornales de dos setenta y cinco y tres pesetas, y en dos años tienen que duplicar estos mismos jornales, es natural que luchen y peleen todo cuanto puedan por ver de derrocar la organización obrera, porque desde este punto de vista ellos habrían de obtener unos grandes beneficios.

En la recolección de la aceituna



ólicos? Ninguno. Tal vez sea demasiado rotunda la afirmación; puede haber algunos; pero a la inmensa

1. The first line of the document is a header containing the text "1. The first line of the document is a header containing the text".

Consejo de Gobierno de Madrid



mayoría le agrada más que, en lugar de ir a cumplir los deberes religiosos, ir a campo los obreros y no perder ese jornal. (Protestas en la mayoría agraria y contraprotestas en la mayoría obrera.) El compañero ALVAREZ ANGULO: Entérense sus señorías, los señores diputados, los señores ministros. Continúan los rumores encontrados. El compañero JIMENEZ Y GARCIA DE LA SERRANA: Pero los obligan a llevar los muertos. El Sr. MARTIN Y MARTIN: Vamos a los argumentos de orden general y no a los casos particulares. (Rumores.) No hago más que recoger las interrupciones que se me dirigen. Voy a terminar, porque comprendo la impaciencia que sienta la Cámara, y yo también, por escuchar al señor ministro. Sin embargo, antes de recoger algunas manifestaciones del señor Hidalgo. Coincidió con el ardo en deseos de que así se le pudiese pedir diversas veces al señor ministro de Agricultura no sólo en sus pasillos, sino aquí, mediante un cargo hecho en público—se traiga al Parlamento el proyecto de ley relativo al rescate de bienes comunales. Eso es de imperiosa y evidente necesidad, porque hay sitios donde están radicados los deslindes, se sabe quiénes son los detentadores, y, sin embargo, no pueden cogerse esas tierras. Así, en Huéscar, de la provincia de Granada, sabe todo el mundo que aquellos montes son detentados. Pues bien; cuando los obreros van a recoger leña muerta y los persigue la guardia civil dicen que aquello es suyo; pero lo que no se puede hacer es decir a aquella pobre gente que la ley lo prohíbe, que hay que desmenuzar esa madeja, porque eso la gente del campo no lo entiende. Nosotros debemos afirmar que eso tiene que hacerse cuanto antes, para evitar lo que ahora está sucediendo. Ya se ha establecido la distinción entre bienes comunales y bienes de propios, y yo he de hacer presente que en la base 20 se habla de bienes rústicos municipales y que eso es básico para comprender a toda clase de bienes. No diré que, cuando se trate de vindicar los que hayan sido detentados, se dé el mismo trato a los bienes comunales que a los que hayan sido de propios, sino que será preciso estudiar muy bien, para resolverlo en justicia, los provenientes de bienes municipales o provenientes casi todos de bienes comunales, porque si no vamos a hacer una cosa que se halle en pugna con todo sentido de justicia.

Por ejemplo, en Navarra hay un enorme problema a causa de unas comarcas que, por una cantidad insignificante, tasadas por pastores, se vendieron públicamente por hierbas y por aguas y sólo para pastoreo. Después, gracias a expedientes posesorios y a esas martingalas—perdonadme la palabra—de que se valen los caciques de los pueblos, han llegado a apoderarse de todos los montes y de todas las tierras. Y eso debe estar en la ley, y sobre ello debe haberse justicia, estudiando cada caso y respetando el derecho de quien efectivamente haya hecho la adquisición (a título oneroso; pero lo que no debe ocurrir es que haya quienes, por los amaños de sus amigos en el Municipio o en otro sitio, puestos de mutuo acuerdo, sacando a pública subasta tierras magníficas con cualquier pretexto, se queden con ellas por cuatros. Eso es un verdadero mal. La República debe y puede llegar a las aldeas de Navarra, de Aragón, de las partes, donde hay bienes que vindicar, y reivindicarlos, porque si la República llega a Olite, donde ha habido luchas y muertes, o a Cadreñu y a otra porción de pueblos donde ha habido y hay grandes peleas por los bienes comunales, y la República estudia con imparcialidad y da a cada uno lo suyo y establece principios de justicia, está seguro, señores diputados, de que Navarra, Aragón y España entera bendecirán a la República, y tan pronto como el campesino, el aldeano advierta que no pudo conseguir jamás con la monarquía lo que obtiene con este régimen, comprenderá la superioridad de la República y mostrará su adhesión a ella. Y eso es lo que yo pido, señores diputados: que se estudie el problema agrario, que se llegue al campo y se le mire con cariño, porque es el porvenir de España. Abísese la piedra angular de nuestra economía, y tenemos que hacer cuanto nos sea posible por desarrollar todas las iniciativas y aplicar también un principio de justicia para que los bienes estén mejor distribuidos, en forma más equitativa, llevando al campo todo, como la ley de Accidentes del trabajo que citaba el señor Del Río. ¿Por qué los obreros del campo no han de tener la ley de Accidentes del trabajo como los obreros industriales? ¿Pero ¿es que no cumplen una función social tan elevada como los otros? (El Sr. DEL RIO: ¿Me permite el señor Martínez Gil? Al señor Del Río le parecería muy justo que la ley de Accidentes del trabajo se aplicase a los obreros agrícolas; lo que ha hecho el Sr. Del Río es poner de manifiesto que recargando el coste de la producción en la agricultura se produce un conflicto. ¿Cómo voy a protestar de que se aplique a los obreros del campo la ley de Accidentes del trabajo?)

Perdoneme su señoría; entonces a eso en mi tierra lo llaman hache, porque (Denegaciones. Rumores.) reconozco su señoría que es justo, muy justo, no cabe más; pero luego dice

que, como va a encarecer la producción, eso no puede ser. Por ese procedimiento no habrá ocasión de llevarlo a la práctica jamás. Vamos a ver: en el año 1916 hizo ya el Instituto de Reformas Sociales la ley de Accidentes del trabajo para los obreros campesinos y estableció una forma de pago que no arruina a nadie, señor Del Río, porque, creando las Mutualidades y estableciendo el tipo de seguro proporcional para todos, no arruina a nadie, y el caso que su señoría citaba no se puede producir. Si se produce un accidente del trabajo y una inutilidad total y el patrono ha de pagar la indemnización, tiene que vender la tierra y queda arruinado; eso no lo ha querido la ley ni el legislador; está resuelto, porque el riesgo, que es menor en la agricultura que en la industria, se puede atender entre todos, en proporción cada uno de lo que tenga, y no encarece. ¿Qué ha de encarecer! Los técnicos calculan que en la ley de Accidentes del trabajo el pago de la pensión vitalicia en sustitución de la indemnización que antes se daba lo eleva cinco veces más. Note que hace signos afirmativos el señor Ayats, del Instituto Nacional de Previsión; por consiguiente, veo que estoy en lo firme. Pues bien: esta cantidad que se eleva es una cosa insignificante en cuanto se reparta entre todos. ¿Y por qué no ha de establecerse una pensión vitalicia para el campesino exactamente igual que para los obreros industriales? Además, digo una cosa, señores diputados, es que estamos comprometidos a ello, porque la Cámara tiene obligación de cumplir los compromisos internacionales que tiene contraídos España, y en la Conferencia de Ginebra se acordó, en materia de seguros sociales, llevar al campo todo lo que hubiera en la industria para los obreros, y el seguro estableciendo la pensión para los obreros industriales debe ir exactamente igual para los trabajadores del campo. (El Sr. DEL RIO: Eso no lo discuto yo.) Pues lo célebre infinito. (El Sr. DEL RIO: Lo que veo es la dificultad económica de llevar eso a cabo.) Pero ¿no acabamos de oír que cuando se establezca el seguro proporcional en relación con el que más pueda no hay posibilidad... (El Sr. DEL RIO: Esa dificultad, señor Martínez Gil, la veía la ley de Accidentes del trabajo que han votado estas Cortes, que sólo aplica la indemnización al patrono que tiene consistentemente más de seis obreros a su servicio; los pequeños patronos, que llama la ley, no pagan esa indemnización.)

Ya lo sé; eso es lo que ha votado la Cámara, y lo que yo digo que la Cámara tiene que corregir. Eso es lo mismo que tenía la ley antigua de Accidentes del trabajo, que no comprendía a los campesinos más que cuando se empleaban en los trabajos de máquinas movidas a motor u otros factores industriales o el patrono tuviera permanentemente, por lo menos, seis obreros; esa era la ley antigua y es la que se ha aplicado ahora para los obreros en esta misma forma. Es lo que yo digo que está en pugna con los principios de justicia. ¿Por qué no se ha de aplicar a los campesinos lo mismo que a los otros? (El Sr. DEL RIO: Muy bien que se haga eso; lo que ocurre es que no hay posibilidad económica para ello.)

Ya me lo ha dicho su señoría; pero no me convence, ni al país, ni a los obreros, ni a nadie, perdonadme; porque ya le digo que en cuanto se establezca el pago en una cantidad proporcional en relación con las posibilidades de cada uno, para nadie es oneroso. Diré más: con lo que defraudaba la inmensa mayoría de los propietarios a la Hacienda, habría no para eso, sino para aplicar la Reforma agraria. Porque su señoría, Sr. Del Río, como lo saben todos los señores diputados—yo lo afirmo—, que cuando nosotros hemos revisado los contratos de arrendamiento hemos encontrado que la renta catastral es inferior, por término medio, tres veces a la renta contractual, y que pagan por la renta catastral, no por la contractual; y si ahora, con arreglo a la ley de Contabilidad, se denunciara los quince años que han venido defraudando a la Hacienda, lo que se recaudaría sumaría lo menos dos mil millones de pesetas, con lo cual habría para pagar todo lo que hace falta para la Reforma agraria y para que pudiese desenvolverse el país, y bien merecida la pena de que el señor ministro de Hacienda tomara nota de ello y que lo estudiara, para que se hiciera esa revisión. Teoría más conservadora no puede ser: aplicar la ley. Vamos a ver quince años atrás, y todo el que haya defraudado, que pague en la proporción debida, y con eso estén seguros sus señorías que había para cubrir no sólo las atenciones del seguro de accidente, sino las atenciones de la aplicación de la ley de Reforma agraria y otras muchas más. Crean que con esto se salvaba la República—tengo la evidencia de ello—, porque habría medios suficientes para poder llevar al campo un bienestar que ahora no tiene.

Esto es lo que es preciso hacer, llevar al campo un poco de bienestar; no puede vivir la gente como está viviendo, pospuestos, sin cultura, sin medios, sin instrucción, sin que nadie llegue por allí, sin que encuentre del Estado nada más que el recaudador de contribuciones y la pareja de la guardia civil, que son los únicos que se manifiestan como símbolo de que el Estado existe. Eso no puede ser y no

debe ser. Al campo hay que llevar algo más: hay que llevar un poco de espíritu por todos nosotros, de instrucción, de enseñanza, de alegría, si queréis, para que no sienta tanto la atracción de la ciudad, que tanto desean los campesinos, que invaden las grandes urbes y abaratan y envilecen los salarios, produciendo verdaderos trastornos en todos sus aspectos.

Y no quiero molestar más—mil perdones, señores diputados—; pero si

termino afirmando que es forzoso dar al campo lo que ahora no tiene: un poco de justicia; que vean los campesinos que también de ellos se acuerda la República española; que la Cámara constituyente no tiene todos sus afectos sólo para los obreros de la industria, para la gente de la ciudad, sino que se ocupa del campo igualmente y que pretende llevar al campo un poco de justicia, que bien se lo merece.

## LA ESPIGADORA

¿Vas a espiar, Isabel? ¿Cuánto siento, criatura, que bese el sol esa piel que tiene jugo y frescura de pétales de clavel!

Se que espijar necesitas, porque aunque al sol te marchitas, no es bueno que huelgas y duermas quien tiene cuatro hermanitas y tiene a su madre enferma.

Mas díganme humanos ojos si te hizo Naturaleza para que en esos rastros hicieran tus pies los abrojos y abras el sol tu cabeza.

Entre pintados cristales de alcázares ideales hay cien reinas poderosas... ¿Para las más bellas cosas no tiene el mundo fanales!

Isabel: no puedo amar; no puedo abrirte la puerta de mi pecho y de mi hogar, porque a otra Isabel, ya muerta, se los juré consagrar.

Y eres tan bella, Isabel, que tengo duda cruel de si serás sombra bella de aquella eclipsada estrella que viene a ver si soy fiel.

Lo digo por tus miradas, que parecen oleadas del piélago de la gloria, y no pobres llamaradas de bella mortal escoria.

Lo digo porque me suena tu voz a salmo cristiano; lo digo porque eres buena, porque eres casta y serena como noche de verano.

Isabel: no puedo amar! Dios sabe que si pudiera partir contigo mi hogar ahora mismo te dijera:

No vayas, niña, a espiar que cerca de ese desierto tengo una casa y un huerto que entolda un viejo parol, donde estarás a cubierto del beso de mi rival.

Y si espijar necesitas... ¡descanse mi reina y duerma!, que está en mis trojes benditas el pan de tus hermanitas y el pan de tu madre enferma!

Mas ni estas puras y sanas consolaciones cristianas puedo pedir al amor...

Miguel GONZALEZ

## Momentos de peligro

¿Ya lazaron las llamadas oposiciones una nota, que es la declaración de guerra a la democracia! Han salido a la palestra los defensores del privilegio sintetizados en dos hombres: uno, el que se llamó republicano sin sentirlo de veras; otro, aquel que se enloqueció cuando tuvo la suerte de ser llamado demócrata.

Comienzan a descubrirse las cartas con las que jugaban determinados personajes; se siente la apatencia de mandar no con el ánimo de hacer justicia, sino con la seguridad de que la posición del Poder ha de ser patente de

curso para salvar a las derechas españolas del curso inevitable de toda revolución y sobre ese margen de confianza asentar una República que sólo tenga el nombre de tal, no los procedimientos.

La lucha se entabla en momentos decisivos, como en el prólogo de la dictadura pasada: unas responsabilidades que exigir a los que en agosto se levantaron contra la República, la sanción calificada contra el máximo contrabandista español y el anuncio de acelerar la Reforma agraria.

¿Pueden llamarse republicanos los que tal nota firman? Nunca pueden llamárselo quie-

nes con su conducta abominan del régimen parlamentario; pero como nosotros hemos de ser los que actuemos detrás de las consecuencias producidas por su actitud, tenemos que proclamar: ¿Queréis democracia? Actúad con ella. ¿Queréis respuesta clara y terminante? ¿Antes que lo de Alemania, nosotros!

¿Campesinos españoles! Los que constantemente veis los atardeceres con el negro pesimismo de la escasez en los hogares, pensad que en España se quiere perpetuar el régimen de privilegio, santificar el matonismo del señorito rural, hacer que los jueces, Ayuntamientos, centros burocráticos de los organismos provinciales sean hechura del terrateniente; medita en las horas de asueto que ha sido posible, en una infame mezcolanza, unir los elementos de extrema derecha con aquellos que constantemente se erigieron en defensores del anarquismo, y alrededor de esta coincidencia sacad la conclusión: ¿Qué se pretende?

Lógicamente, el sentido común dice que se desarrolla una lucha de ambiciones que patrocinan Lerroux, con sus tonterías, y Maura, con sus locuras; pero que se demuestra a las claras que se quiere perpetuar unas víctimas para sobre ellas asentar el edificio de una República dictatorial, si existe quien proteste de un régimen de privilegio, si la indiferencia del pueblo deja pasar a los promotores.

No merecía la pena de que la masa trabajadora hubiese contribuido a desterrar la monarquía si su continuación fuera el vulgar refrán: «Los mismos perros, pero con diferentes collares.» Si la República al implantarse se llevó muchas ilusiones, que después en la realidad habían de verse frustradas, ¿cómo pensar que después de dos años un pueblo permaneciese indiferente ante un atraco al Poder por los que halagan a la plutocracia española, haciendo concebir esperanzas a los emigrados, que aguardan órdenes del ex monarca huído?

¿Casas Viejas! Preludio de la ofensiva de los hoy oposicionistas. Sólo el leer los nombres de aquellos que se levantaban a hacer una plataforma política del terrible suceso crispaba los nervios de la sensatez ciudadana. Manejar las víctimas como un instrumento para satisfacer una ambición era un crimen. ¿Pero también los elementos anarquizantes de dentro de la Cámara y de fuera coincidían! Triste destino aquel que la clase trabajadora por ellos ensalzada tenía, porque no les movía un interés humanitario, cosa legítima, sino la mezquindad de una fuerza en el Poder para superar las extralimitaciones o las arbitrariedades de un mando absurdo.

Entonces también coincidieron los anarquistas de fuera con los anarquizantes de dentro. ¿Quién operó el milagro? La casualidad, según muchos cómplices indirectos, honrados, si su ideología así lo ordenaba; pero que en la mayoría de los casos tenían un denominador común que se traducía en una palabra: ambición, aunque los de abajo sólo recibieran el precio de su labor negativa.

Estamos ante un momento difícil, creado por los elementos de la derecha en alianza con los grupos republicanos que siguen las orientaciones de Lerroux y Maura, abarcando un extenso panorama de la vida política que funde el pensamiento del Ortega y Gasset que lanzaba censuras contra lo de Casas Viejas con el del Maura que sostuvo el principio de autoridad en hechos pasados no menos lamentables que el anterior, sin tener más esperanzas que una serena actitud socialista que responda a los principios básicos del Partido, porque los momentos actuales aconsejan calma a los amantes de la democracia. Pero cuando se pretende atropellarla con la manobra o con la fuerte presión de unos elementos que hacen el juego a los monárquicos emigrados sólo conviene que los militantes socialistas formulen la promesa firme de antes de ser víctimas, ser regidores. ¿Cómo? Como las circunstancias aconsejen.

Si los hombres que al frente de organismos cuya afinidad con nosotros no deja lugar a dudas no hubiesen manejado el vocablo como exposición de doctrinas; si sus campañas las enderezaran hacia el camino de un ideal, quizá esta República de fundamento burgués estaría en

camino de evolución; pero no por eso hemos de dejar que por cualquiera nos sea arrebatado el timón de la gobernación del país, haciendo evolucionar su política hacia donde este pueblo ordene: hoy, hacia la izquierda, que es conservadora; mañana, hacia nuestra revolución, que es liberal.

Hemos llegado al instante en que toda vacilación es funesta. El panorama político presenta unas facetas que es necesario recoger por quienes, representantes nuestros, participan en las tareas de la gobernación del país. Ayer, una manera de apreciación nos distinguía entre aquellos que hablabamos de antiparticipacionismo y los que creían una oportunidad revolucionaria aceptar cargos de responsabilidad ministerial; pero hoy nos alegramos unánimemente de que el pensar de todo socialista tiene que ser, ya que fuimos requeridos a colaborar, no dejarnos arrastrar por la fatalidad histórica de una lucha política de encrucijada, sino acudir al pueblo a manifestarle que los únicos llamados a imponer la democracia son las masas trabajadoras, que sufrieron muchas injusticias, y que están dispuestas a hacer cumplir la ley no a la manera burda y cerril de los Tribunales burgueses, sino la que establezca la democracia proletaria.

Pienso en esas falanges de trabajadores del campo que a través de la prensa diaria, donde la reciben, hacen cábalas, trazan planes, discuten fórmulas para buscar una salida a los problemas que diariamente se les presentan. Veo en la imaginación a las mujeres alargando las miserables pesetas que como derecho de pernada entregan a los maridos los propietarios de las tierras, y no se me alcanza otra cosa que interrogar al infinito: ¿Puede un pueblo ser conservador del privilegio? ¿Pueden esas hembras mal cubiertas y mal alimentadas cantar excelencia del propietario cuando le ven cruzar por el extenso dominio que una ley absurda le garantizara? No. El pueblo que esperaba la República tiene derecho a que ésta le conceda un mínimo de libertad y una garantía de vida. Pero esto no es posible con las fórmulas de Lerroux, Maura y aquellos anarquizantes que desde el escaño de diputado afirmaban el derecho al asalto, sin pensar que más tarde habían de defender al cura y al cacique, sino que su consolidación definitiva está en el calor que presten a sus Agrupaciones socialistas formadas por los componentes de los Sindicatos.

Huir de palabrerías vanas, buscar la verdad y analizarla: ésta es labor del campesino, porque maneja las cifras de adhesión al extremismo reaccionario, empleando la frase gruesa para mortificar a las ideas socialistas, se carece de razón, porque si el ideal se esgrimiera las personas no tienen importancia, derivando hacia la lucha noble, leal, entre dos o varias concepciones de la lucha social, no hacia un pugilato de individuos.

Los momentos son graves. Se pretende no desplazar a unos hombres del Gobierno, sino anular un sistema social por una dictadura que acabe con las pocas conquistas que alcanzó la clase trabajadora. ¿Tendrán éxito en su empresa? Allí los pueblos con su responsabilidad. Si su orientación como electores es de derechas, a aguantar palos; si, por el contrario, cuando sean llamados dicen que tiene que acenar su sentido izquierdista, a luchar contra viento y marea, que los radicales y otros republicanos de nuevo cuño, restos de una oposición dentro de la monarquía que fué una bufonada, se aprestan a perpetuar en España un régimen de tiranía y de respeto a la autoridad que es un absurdo después de lo que estamos viendo en el mundo.

Y a nuestros hombres que participan en el Gobierno recordadles que la masa trabajadora coincide con ellos porque estima que a la democracia republicana es necesario contestarle en los términos en que ella se produzca; pero no olvidamos seguir solos la senda de nuestra democracia, traducida en una lucha frente a frente contra quien pretenda arrancarnos nuestras conquistas.

Y quien vacile, que se retire, que no es hora de contemplaciones ni de lirismos.

CÁNDIDO PEDROSA

## Un libro interesante

ACABA DE PUBLICARSE LA

LEY DE BASES PARA LA REFORMA AGRARIA EN ESPAÑA, comentada por el compañero PEDRO GARCIA, diputado a Cortes,

miembro de la Comisión parlamentaria que confeccionó el proyecto, y en la actualidad consejero del Instituto de Reforma Agraria, organismo oficial encargado de interpretar y aplicar la referida ley.

Las veinticuatro bases que constituyen la presente ley, se hallan debidamente comentadas, expresando en cada caso el sentido social que tiene cada una de ellas con un lenguaje adecuado, sencillo y claro para que lo puedan comprender todas las inteligencias. En este libro, compuesto de 120 páginas, hallarán los lectores toda clase de razonamientos, divulgando conceptos, haciendo atinadas observaciones, colocando ejemplos y comparaciones oportunas, a fin de que, con el menor esfuerzo mental, pueda el lector asimilar el contenido de la misma.

leyendo detenidamente este libro se evita tener que consultar a técnicos y abogados, los cuales no siempre aciertan en sus consejos, sobre todo cuando las consultas dan poco dinero.

A los trabajadores de la tierra interesa más que a nadie conocer el contenido de este libro para saber los beneficios que puede alcanzar de esta reforma de carácter social que pone en sus manos la República española.

El rico tiene abogados y asesores para defender sus privilegios; el obrero carece de todos esos resortes; por consiguiente, debe adquirir esta arma que se le ofrece con poco coste para que sepa defender sus intereses de clase explotada.

Trabajadores del campo: en ninguna de vuestras casas debe faltar el libro de la Reforma agraria, comentada por vuestro camarada Pedro García; es el catecismo que deben conocer todos los obreros agricultores para hacer valer sus derechos y conseguir los beneficios que se desprenden de los preceptos de esta ley.

Cada librito vale 1,25 pesetas, y de diez en adelante, el 20 por 100 de descuento; esto es, se venderán a los paqueteros, Sociedades y Agrupaciones Socialistas, cuando vendan más de diez libros, al precio de UNA peseta ejemplar.

El pedido de ejemplares al autor, Pedro García, calle de Blasco Ibáñez, 20, Alíria (Valencia).

No se servirán ejemplares si no se remite previamente su importe.

Ayuntamiento de Madrid



## Por pueblos de la sierra gaditana

La Federación Española de Trabajadores de la Tierra, organismo nacional que tan acertadamente encarna las inquietudes y aspiraciones del proletariado campesino de España, atenta y vigilante ante cuantos problemas tenemos planteados los obreros del agro español, realiza incesantemente su más nobilísimo esfuerzo en difundir sus principios y tácticas, robusteciendo nuestras organizaciones y formando cada vez mayor ambiente en pro de nuestros firmes postulados de emancipación política y social.

Unas veces en los continuos Congresos regionales, estudiando las características y variedades del problema de cada región, comprendiendo desde las necesidades de sus obreros hasta la transformación y cultivo de sus tierras. Otras, en magníficos Congresos nacionales, donde se elabora toda una moderna legislación social-agraria, síntesis de las legítimas aspiraciones del proletariado organizado del campo y exponente de las concepciones más elevadas, que exigen inmediata aplicación, en la roturación e intensificación de cultivo de este fecundo y abandonado suelo español.

Resumen y expresión de estas enormes masas de obreros campesinos que en toda la legislación social de la derribada monarquía siempre fueron postergadas en sus derechos, y ante sus sagrados clamores de justicia se les replicaba por patronos y autoridades con la cárcel y la deportación y no pocas veces con los máuseres de la guardia civil.

Los campesinos españoles, que tanto entusiasmo pusieron por la implantación del régimen republicano, aguardan impacientes que la República dé cumplida satisfacción a sus más mínimos anhelos, expresados con insistencia digna de más suerte por la voz certera de nuestros camaradas más destacados, entre los que descuellan con singular relieve el incansable camarada Lucio Martínez Gil, alma de nuestra Federación, y por los acuerdos recaídos con indiscutible acierto en nuestros magníficos comicios nacionales.

Actualmente, que la exarcebación reaccionaria de la ex nobleza desposeída de sus bienes de señorío, los encartados en la sanjurjada del 10 de agosto y, lo que es más repugnante aún, la alianza de los radicales con los sectores políticos de la extrema

derecha y la F. A. I., dirigen sus más recios ataques para que no se llegue a implantar la ansiada Reforma agraria, la Federación Española de Trabajadores de la Tierra intensifica con más fervor su benemérita labor de orientación y capacitación de las organizaciones obreras campesinas para que, alerta y robustecidas, no se dejen sorprender por las maniobras que en contra de nuestros intereses de clase están llevando a cabo los caciques de todos los colores y los usurpadores de la tierra.

Y a tal efecto destaca a camaradas significados para que, llevando la voz de nuestra potente y disciplinada Federación hasta las más humildes aldeas, vayan trazando a los humildes labriegos del campo las líneas de actuación a seguir frente a los problemas delicados del momento presente, afirmando el funcionamiento de nuestras entidades sindicales, como el más sólido instrumento de redención proletaria en nuestras luchas de clase.

Labor tan plausible cuanto más necesaria de extender e intensificar, en unos medios rurales sobre los cuales pesa la más tremenda miseria y la más inhumana de las explotaciones, y sobre los que han operado tan funestamente desde el extremismo despótico del caciquismo reaccionario a ese extremo seudorevolucionario que encarna la F. A. I., que tantas energías proletarias ha sacrificado en movimientos de resultados estériles que sólo a los latifundistas de la tierra y a los acaparadores de la riqueza social han beneficiado.

Nuestra Federación Española de Trabajadores de la Tierra, que cada día extiende más su fecundo radio de acción, recogiendo las vibraciones emotivas de este moderno resurgimiento de liberación proletaria del esclavo de la gleba, acordó recientemente, por mediación de los camaradas que componen nuestra "Comisión ejecutiva, una excursión de propaganda por estos pueblos agrícolas de la provincia de Cádiz, a cargo del autor de estas líneas, que ha tenido el honor inmerecido de asumir la responsabilidad de efectuarla y cuyas simples impresiones queremos grabar en las columnas de nuestro valiente y digno semanario EL OBRERO DE LA TIERRA para conocimiento de nuestros lectores, y que iremos haciendo en artículos sucesivos.

JUAN CAMPOS VILLAGRAN

## ¡Despertad, mujeres!

A vosotras me dirijo, mujeres proletarias, que durante siglos y siglos habéis estado sumidas en la ignorancia más espantosa. Jamás habéis representado el más insignificante papel en la vida humana. Nunca habéis sido tratadas como tales. Para vosotras no ha habido jamás el menor reconocimiento de vuestros derechos.

¡Mujer! Esta palabra ha sido siempre pronunciada con desprecio, como si acaso la mujer no fuese un ser humano como el hombre. Las mujeres habéis sido creadas por la Naturaleza no para que os desprecien, sino para que os admiren, porque venís al mundo a cumplir con vuestros deberes sociales. Porque tened presente, compañeras, que a la par que sois mujeres sois madres, que os unís a vuestros compañeros de trabajo en la vida conyugal para formar el hogar en el cual compartir todas las privaciones y todos los sufrimientos.

Vosotras, mujeres, que dais vida a vuestros hijos, desde que sentís las primeras palpitaciones del feto, y cuando llega el momento de nacer los amantáis con el jugo de vuestra sangre, sois las que marcáis con el fruto de vuestras entrañas el rumbo de las generaciones venideras, sois la tierra donde fructifica la semilla de los hombres futuros.

Tened un papel importantísimo que desempeñar en la vida moderna, tenéis que pensar el modo de que no sean hollados vuestros derechos. ¿Que cómo lo conseguiréis? sencillamente, organizándoos en Sociedades; defendiendo por medio de vuestros organismos sindicales y políticos; agrupándoos en la Casa del Pueblo, donde encontraréis compañeros incansables que os ayudarán moral y materialmente en todo cuanto puedan, seréis respetadas por todos, y marchando todos al unísono pronto alcanzaréis las mejoras a que sois acreedoras.

Tened presente, mujeres proletarias, que se necesita vuestra cooperación para vencer las grandes batallas que se avecinan, que son muy difíciles los momentos que se nos presentan a los obreros. Las Cortes constituyentes, en funciones de soberanía, os han concedido un derecho que podéis utilizar como arma de combate; al concederos el sufragio os han elevado al nivel de las naciones civilizadas. En las luchas sociales y políticas que se vayan sucediendo podéis esgrimir esa arma y combatir al enemigo desde vuestro puesto de honor. Sabed, com-

pañeras de trabajo, que los capitalistas os acechan para conquistaros porque dicen que sus triunfos los conseguirán con vuestros votos. Pensad que ellos sueñan con una posible restauración monárquica apoyados en vuestras debilidades. Vosotras, las mujeres, tenéis que pensar que esos mismos "señoritos" que ahora os halagan y os adulan son los mismos que mandaban a los campos africanos a vuestros queridos hijos para que lucharan con un enemigo que ellos desconocían y muriesen por millares, como lo demuestran las tristes jornadas de Annual y Monte Arruit.

Si vosotras, con vuestra ignorancia, dejáis el paso franco a esos capitalistas ambiciosos, no dudéis de que al subir éstos a las esferas del Poder vuestros hijos serán cebo de su avaricia y acelerarán la marcha a esa guerra imperialista con que ellos sueñan, y la cual ven asomar por el horizonte. Vosotras, mujeres, no debéis consentir semejante desatino; pensad que tenéis participación en los asuntos político-administrativos. No escuchéis lo que os prometen desde los pulpitos aquellos que trafican con la conciencia humana como si la religión fuese una mercancía. Desechad los consejos de esa gente que os embaucan diciéndoos que, siguiéndoles a ellos, alcanzaréis el reino de los cielos; desechad ese sofisma utópico que os predicán. Si tenéis el suficiente valor y civismo de hacerlo así, tened la seguridad de que en tiempo no muy lejano habréis conquistado para vuestros hijos un porvenir de libertad y fraternidad.

Pero si, por el contrario, hacéis caso omiso a nuestros ruegos y os entregáis a monárquicos y clericales acontecimientos serán funestos para todos los trabajadores, y quién sabe si cuando queráis reconocer el mal que habéis hecho sea tarde y, como consecuencia, traiga un retroceso lamentable.

Tened presente, mujeres, madres, estos consejos que os dirijo por medio de este valiente semanario EL OBRERO DE LA TIERRA, y os aconsejo una vez más que os organicéis, que os eduquéis, que os unáis a vuestras compañeras de trabajo, y de esa forma ganaremos y venceremos todas las luchas que se nos presenten, tanto políticas como económicas.

MANUEL DELGADO

Porcuna (Jaén).

## NUESTRO EXTRAORDINARIO DE PRIMERO DE MAYO

Al igual que en el pasado año, con motivo del Primero de Mayo, fiesta internacional del proletariado, se publicará un número extraordinario de nuestro semanario EL OBRERO DE LA TIERRA.

Constará de ocho grandes páginas, con profusión de grabados y artículos de los compañeros más destacados de nuestros organismos sindicales y políticos; bellas composiciones poéticas dedicadas a los obreros agrícolas se insertarán en este ejemplar del Primero de Mayo de nuestro paladín periodístico.

El precio de venta fijado para este interesantísimo número extraordinario es el de 0,15 pesetas ejemplar. Pasando el pedido de cinco periódicos, su precio será de 0,12 pesetas, que es el fijado para paqueteros y corresponsales.

¡Todos los números que se publican de nuestro semanario revisten extraordinario interés; pero en mayor cuantía el que se publicará el Primero de Mayo del año actual. Por este motivo esperamos que no ha de quedar un solo federado sin adquirir su correspondiente ejemplar.

## Boletín de pedido de ejemplares

Título de la Sociedad

Pueblo

Provincia

Esta Sociedad solicita le sean remitidos ejemplares

del número extraordinario de EL OBRERO DE LA TIERRA dedicado al PRIMERO DE MAYO de 1933.

El presidente,

(Sello.)

El secretario,

a de de 1933.

## Diálogo entre un obrero y un colono

Por considerarlo de interés, y porque fui testigo presencial, lo doy a la publicidad en nuestro semanario EL OBRERO DE LA TIERRA.

El colono en cuestión entra en un café donde el obrero estaba leyendo un periódico, y dice a éste:

Colono.—No sé a qué leer tanto, cuando lo que se consigue con leer es volverse loco.

Obrero.—Desgraciadamente, según sus manifestaciones, me demuestra a las claras que su desconocimiento sobre el movimiento y transformación en la España actual es mayúsculo.

Colono.—Yo no sé nada, porque no leo nunca, y al mismo tiempo, en lo que llevamos de República nunca hemos visto más calamidades que las que están pasando los obreros y todos en general.

Obrero.—¿Entonces usted no ha obtenido ninguna mejora en la revisión del contrato de las tierras que usted lleva en arriendo?

Colono.—Yo obtuve el veinticinco por ciento; pero para lo que me correspondió me daba igual no haber tomado nada.

Obrero.—¿Y usted cree, como jefe de familia, que con esas palabras se coloca en buen terreno y se interesa por sus familiares?

Colono.—Yo lo que quiero es trabajar y luego después decirle al "amón", cuando llegue el verano: "¿Cuánto le corresponde a usted por su terreno?"

¿Tanto? Pues ahí va, y punto terminado.

Obrero.—¿Y por qué le ofrece usted con tanta facilidad los productos que con tanto trabajo arranca de las entrañas de la tierra para entregárselos al "señorito" y que, sin dar un golpe, los disfrute a sus anchas?

Colono.—Porque como el cortijo es suyo, pues a él le corresponden.

Obrero.—Mal concepto tiene usted hecho de las cosas, pues al "señorito", como usted dice, no le corresponde ese producto, puesto que él ni ha pasado frío, ni calor, ni privaciones de ninguna clase.

Colono.—Pero el solo hecho de ser él el propietario es lo suficiente para ello.

Obrero.—¿Y qué concepto tiene usted de la propiedad, cuando la propiedad a que usted alude no debe existir?

Colono.—Yo el concepto que tengo de la propiedad es que el que tiene un cortijo es para ganarse su renta, estar en su casa muy tranquilo y nosotros vejar por la producción para cuando llegue el verano poder correspondernos con su renta, y ¡ya está!

Obrero.—¿Y usted no sabe que la tierra, como el sol, el aire, los astros y todo lo que ha creado la Naturale-

za, no tiene esa propiedad que con tanto ahínco defiende usted en beneficio del "señorito", y que si acaso hoy la tiene es de una forma arbitraria e ilegal y con miles de amañados caciquillos para de esa forma poder contar con la explotación de todos los que trabajamos en pro del sostenimiento del país y de los que después de todo ello no han dado nada más que jornales irrisorios y que cuando se les han podido arrancar muchos de los privilegios ha sido desde el advenimiento de nuestra querida República, que, después de las calamidades por que atravesamos la clase obrera hoy en día, detrás nos muestra un horizonte amplísimo para conseguir, si no en su totalidad cuando menos en gran parte, nuestra liberación con los procedimientos de la ley de Arrendamientos colectivos, ley de Reforma agraria, crédito del Instituto de Reforma Agraria, en plazo breve, rescate de bienes comunales, etc., etc.?

Colono.—Será todo lo que quiera; pero yo todavía no he visto eso, y, por lo tanto, no lo creo; y es más, que cuando llegue el día de mañana que haya elecciones, ni voto a los republicanos, ni a los socialistas, ni a nadie, sino que me quedo en mi choza y allá se apañen ustedes como quieran.

Obrero.—¿Y cabe mayor absurdo en sus manifestaciones cuando ellas llegan a indignarme por su modo de proceder, dada la categoría de su posición; cuando me demuestra que no le duele en absoluto tener toda su familia en un campo, privada de todo contacto con la civilización, y no rebelarse contra su miserable posición, y, lo peor del caso, no preocuparse de que su situación pudiera mejorar algún día?

Colono.—Esa es mi crianza, y, por lo tanto, esa es la que yo quiero que lleven mis hijos: la de trabajar.

Obrero.—Muy bien en lo que atañe a lo de trabajar; pero ¿qué importancia tiene trabajar constantemente y luego después que el producto de su trabajo se lo lleve el que no ha aportado ningún esfuerzo ni ha hecho nada que merezca la pena comentarlo?

En este estado quedó el diálogo, a lo que tengo que añadir que, dada la ignorancia de estos hombres honrados, se dan casos lamentabilísimos como el de Casas Viejas, pues la generalidad de los campesinos andaluces, si no así, piensan muy aproximadamente, y éste es uno de los obstáculos más grandes, con que tropieza nuestra República.

FRANCISCO REVIRIEGO CARAVACA

Olvera.

## La mujer y las próximas elecciones

Cree, por desgracia para ella, que la mujer obrera, a pesar de estar en un grado inferior en cultura al hombre, ha de elevarlos a ellos al poder en los Municipios.

Están en un tremendo error si esto creen. La mujer, la compañera del obrero, que ha seguido paso a paso, día por día, las iniquidades que con el compañero de su existencia han cometido y vienen cometiendo en todos los pueblos donde la clase burguesa y monárquica, disfrazados de republicanos, se apoderaron de los Ayuntamientos al advenimiento de la República; no harán eso.

¿Cómo es posible que la mujer proletaria, que ha visto desfilar días y días por su domicilio el hambre producida por los que, ayudados por su misma clase, le han hecho pasar, negándole el trabajo? No es posible, aunque ahora que se acerca la hora y haciendo como están trabajo de zapa puedan, por medio de prebendas y promesas, querer embaucarla, aunque para ello tengan que clamar a ese dios que aprovechan hasta para sus más bajos fines.

Son tan imbéciles, que no han llegado siquiera a suponer que la mujer obrera tiene un compañero que le ha hecho saber de antemano que la mayor parte de miseria que ha tenido que soportar ha sido precisamente porque la República, que ellos detestan, les ha ido y va despojando de los privilegios que ellos estaban acostumbrados a disfrutar a costa de los perjuicios de la clase trabajadora, digna mil veces más que ellos de gozar de mejor suerte.

No puede olvidar nunca la clase obrera las iniquidades, las injusticias, los atropellos que ellos, con su proceder, no han desperdiciado un instante, aprovechando para esto los procedimientos más viles, sin reparar el daño que les causaban a los que ahora, con motivo de las elecciones, quieren atraerlos a su bando, prometiéndoles promesas que jamás verán cumplidas, que sólo servirán de acicate y repulsa, porque los obreros sabrán responder con gallardía cuando a ellos se acerquen.

Saben los obreros españoles que todas estas bajezas son capaces de hacer con tal que vuelvan aquellos tiempos ignominiosos y funestos para la clase trabajadora.

Aquellos tiempos se fueron para no volver, porque la clase obrera sabrá impedirlo.

Antes no pensaba más que la tercera parte de los explotados en contrarrestar sus arteras audacias por medio de la política.

Antes apenas se conocían más partidos políticos que los burgueses. Hoy la clase obrera tiene un partido defensor de sus intereses. Este Partido es el Socialista, que, unido a su potente sindical la Unión General de Trabajadores, conscientes de sus deberes y de su responsabilidad, sabrán imponerse para que la clase burguesa caciquil no pueda apoderarse de los destinos de España para ejercitarlos exclusivamente en su provecho.

Todavía cuenta la clase capitalista con escritores que ponen el interés material por encima de su dignidad, para por medio de cierta prensa zaherir, calumniar y entorpecer, por medio de su propaganda rastrera, lo que ella quiere que se derrumbe. Ya vemos cómo todos los disparos van contra el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores.

Pero ellos, los unos y los otros, ignoran que por muchas calumnias, por muchos denuestos que lancen contra nuestro Partido no lograrán ni en un ápice que decaiga nuestra fe y entusiasmo. Y que como peleamos con la verdad y con la razón, con el tiempo y cuando esa parte de calumniadores no tenga más repertorio de falsedades, por qué nadie creará en ellas, al ver que todos esos infundidos han servido sólo para realizar una vez más a los que todo lo pusieron por defender los intereses generales de la Humanidad.

Cuando se dió el derecho al sufragio a la mujer, protestaban. Más han de protestar cuando vean en las próximas elecciones que la mujer obrera —porque con la otra ni ellos mismos cuentan, a pesar de la propaganda de confesionario que están haciendo— se lanza a la calle al lado de sus compañeros de infortunio dándole ánimos para vencer en la contienda de la cual saldrá victorioso nuestro Partido, aunque haya "obrero" que aconseje a sus compañeros que no voten, con ese cinismo que demuestra, una vez más, ser enemigo de sus mismos hermanos.

El obrero español no cree ya en esos ilusos que le aconsejan —ellos sabrán por qué— que no acudan a ejercer ese derecho de ciudadanía; porque se ha dado cuenta de que esos gritos que profiere la clase capitalista son debidos a que el obrero de hoy sabe que a la clase capitalista hay que combatirla con sus mismas armas.

El obrero español se ha dado cuenta de que tiene que actuar en política, en la suya, que es la del Partido Socialista Obrero Español, que es, quieran o no sus detractores, quien le dará la batalla decisiva al capitalismo para arrojarles de todos los recovecos donde se encuentran parapetados.

tados todavía, traicionando en lo que pueden al nuevo régimen que el pueblo se ha dado por su omnimoda voluntad.

El obrero español, consciente de su deber, tiene ya muy bien sabido que dejando de acudir él a ejercitar este derecho que le confiere la ley, traicionará a su misma causa, hará dejación de sus derechos, y esto traerá como consecuencia inmediata la pérdida de sus libertades, el retroceso de lo ya aventajado y el remordimiento en su conciencia si por su dejación cayera España otra vez en manos de los que, atendiendo tan sólo a sus intereses particulares, hicieron de nuestra nación un montón de ruinas.

Y como todo esto lo sabe el obrero español; como esto tiene que defenderlo, porque va en ello su dignidad de clase, sabrá hacerle ver a su compañera, víctima como él de la clase capitalista, de esa clase que todo lo fía en su dios imaginario, y que no le importaría, si llegase otra vez a apoderarse de los resortes del poder, ver morir a sus hijos de hambre y de miseria, a sus hijas en los prostibulos y a sus compañeros preparar el pasaje para emigrar para no morir de inanición; la mujer obrera, que tiene que comprender todo ese drama, por estarlo viviendo continuamente, se alzaría orgullosa, haciendo elogio de la bravura de nuestra raza, y una vez con su compañero acudiría a la lucha electoral que se avocina y quedará toda esa pléyade de monárquicos disfrazados de republicanos en condiciones de no mezclarse nunca más en contiendas donde, como ésta, saldrá victorioso nuestro partido, a pesar de todos los obstáculos con que tendrá que tropiezar para imponer su programa, que dará al traste con todo lo ruin del capitalismo.

Y para terminar, desde las columnas de nuestro semanario EL OBRERO DE LA TIERRA doy la voz de ¡alerta!, para que todos mis compañeros estén atentos para cumplir con su deber, que no descuiden un momento la propaganda. Que donde quiera que haya uno de nosotros se multiplique, para que en ese día podamos vencer y hagámosles ver a esos que no quieren ver a un socialista de la Unión General de Trabajadores que tienen socialistas para ratos.

Que no abandone ninguno el puesto que le toque donde tenga que luchar con nuestros enemigos, para hacerles ver que somos, o tenemos, que ser, el eterno martirio de la clase capitalista.

José RUDA MARTÍN

Osuna.

## Todavía estás a tiempo

Compañeros: Aún estás a tiempo para poneros cada uno en su sitio, sea cada uno en su Sociedad; una como de Oficios Varios, que es la Sociedad madre de este pueblo, donde caben todos los oficios, y la Sociedad hija, que es la de agricultores, donde no puede ingresar más que la clase de agricultores. ¿Es que creéis que no estando juntos no somos compañeros? ¿Es que no podemos apoyarnos mutuamente, estando cada uno en su Sociedad? ¿Es que no colaboramos juntos como no se estando todos en una misma Sociedad? Estáis completamente en un error. Tened en cuenta que estando cada uno en su puesto se cumple el reglamento mejor; se entienden los hombres, se respetan, y cada una de estas dos Sociedades se administran sus fondos colectivos y es más fácil estar de acuerdo, puesto que los derechos de unos son distintos a los otros; para llamarse compañero no es preciso hacer lo que habéis hecho; es de matar a la Sociedad madre es un error, y sin daros cuenta estáis haciendo la fosa para enterrar a la Sociedad hija, de agricultores; tenéis la responsabilidad de que recaiga una sanción a los dirigentes, que no debemos consentir; y en segundo lugar, puede muy bien que, sin que ustedes se den cuenta, otro en segunda discordia suspendiera esta Sociedad y se le retirara una autorización que tiene por el ministerio de Trabajo y Previsión para concertar arriendo colectivo de fincas rústicas, cosa que no se debe consentir, ni los mismos compañeros de Oficios Varios deben dar lugar, puesto que ellos no se beneficiarían en nada y a nosotros nos perjudicaría.

Así que yo creo que deben apartar la Sociedad de Oficios Varios a su puesto, administrarse por sí mismos y hacer cumplir su reglamento; y ésta de agricultores, lo mismo, y si serían dos Sociedades fuertes para apoyar la una a la otra cuando el caso lo requiera, y podemos llamarnos compañeros, puesto que compañero llamo yo a todo el que defiende nuestra causa. Aún estáis a tiempo para reparar el mal que puede sobrevenir.

A. HERRERA

GRÁFICA SOCIALISTA. — San Bernardo, 92.